EL DOCTOR DE LAS ESTRELLAS II
EL PLANETA DESIERTO
MURRAY LEINSTER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

¿Era una misteriosa enfermedad?
¿O un diabólico complot?

* * *

I

Calhoun miró al comunicador con algo así como exasperación mientras su voz grabada en cinta repetía por vigésima vez una llamada de aproximación. Pero no recibía respuesta, lo que desde hacia rato se había convertido en algo irritante. Para Calhoun aquél era un nuevo sector del Servicio Médico. Se le había nombrado para cubrir la zona de otro hombre porque su antecesor había sido vencido por el romance. Se casó, lo que le descalificaba para el servicio de un Navío Médico. Por eso, ahora Calhoun escuchaba su propia voz repitiendo infinitamente una llamada que deberla haber recibido inmediata respuesta.

Murgatroyd, el «tormal», le miraba con ojos interesados. El planeta Maya iba a ser el puerto de llegada del Navío Médico «Esclipus Veinte». Su disco casi circular aparecía completo en una pantalla de visiono junto al tablero de control de la nave. La imagen era absolutamente clara y multicolor. Se veía un casquete helado. Habían continentes. Mares. El sistema nuboso de una notable conturbación ciclónica se advertía a un lado y los continentes parecían razonablemente lo que debieran, y habían mares de aquel tinte fangoso e indescriptible que señala el agua profunda.

La propia voz de Calhoun, grabada media hora antes, sonaba en el altavoz mientras se repetía de nuevo en el comunicador y luego se difundía por el mundo en extremo visible a ciento sesenta mil kilómetros de distancia.

-«Llamando a tierra» - decía la voz grabada de Calhoun -. «Navío Médico "Esclipus Veinte" llamando a tierra para informar de su llegada y pedir coordenadas para aterrizaje. Nuestra masa son cincuenta toneladas "Standard". Repito, cinco-cero toneladas. Propósito de aterrizaje, inspección sanitaria del planeta.»

La voz grabada se detuvo. Hubo un silencio excepto para aquellos ruidos al azar también grabados y que mantenían el interior del navío Impidiéndole que pareciera el Interior de una tumba.

Murgatroyd exclamó:

-«¿Chee?»

Calhoun dijo irónico:

-¡Indudablemente, Murgatroyd! ¡Indudablemente! ¡Quién quiera que esté de servicio en el espaciopuerto salió un momento, o se murió, o hizo algo igualmente inconveniente! ¡Tendremos que aguardar hasta que regrese o alguien le releve!

Murgatroyd dijo:

- «¡Chee!»

Y comenzó a lamerse las patillas. Sabia que cuando Calhoun llamaba por el comunicador, tenía que contestar otra voz humana. Luego habría conversación y al poco los campos de fuerza de una rejilla de aterrizaje se apoderarían del Navío Médico y lo atraerían hacia el planeta. Y pronto con el tiempo tocaría tierra en un espaciopuerto con una rejilla de aterrizaje plateada y gigantesca alzándose hacia el cielo a su alrededor. Luego vendría gente a saludar cordialmente a Calhoun y a dar la bienvenida a Murgatroyd con sonrisas y caricias.

«Llamando a tierra» - decía la voz grabada otra vez más. «Navío Médico "Esclipus Veinte"...»

Siguió dando la noticia formal de la llegada. Murgatroyd aguardaba con el placer de la anticipación. Cuando el Navío Médico llegaba a un puerto de visita de seres humanos, éstos le daban dulces y le consideraban encantador al verle beber café como un hombre, aunque con mucho más gusto. En tierra, Murgatroyd se movía vivaracho con gran sociedad mientras Calhoun trabajaba. El trabajo de Calhoun se componía de conferencias con las autoridades planetarias de salud, recibiendo educadamente la información que ellos consideraban importante y diciéndoles con tacto lo que había de los nuevos descubrimientos en ciencia médica conocidos por el Servicio Médico Interestelar.

-¡Alguien se la va a cargar por esta endiablada negligencia! - exclamó Calhoun sombrío.

El altavoz del comunicador sonó con brusquedad.

-«Llamando a Navío Médico» - dijo una voz -. «¡Llamando a Navío Médico "Esclipus Veinte"! Habla el barco de línea "Cándida": ¿Ha recibido repuesta de tierra?»

Calhoun parpadeó. Luego dijo con sequedad:

- Todavía no. ¡Y llevo llamándoles media hora!

-«Pues nosotros nos encontramos en órbita desde hace doce - contestó la voz del vacío -. Llamando sin parar. No hay respuesta.

Calhoun accionó un conmutador que ponía una de las pantallas de visión en circuito con el telescopio electrónico de la nave. Apareció un campo estelar que cambió rápidamente. Luego un puntito brillante se centró. Accionó la amplificación. El punto brillante se hinchó y se convirtió en un rechoncho navío comercial, con los falsos ventanales que hacían creer a los pasajeros que estaban mirando por ellos al espacio durante los viajes. Dos portalones relativamente grandes de carga a cada lado mostraban que portaba un cargamento pesado además de los pasajeros. Era uno de esos navíos de cabotaje entre el macizo estelar que distribuían la carga y los pasajeros que los navíos trasplanetarios de gran tonelaje dejaban en los espaciopuertos de tránsito establecidos.

Murgatroyd correteó por la cabina del Navío Médico y examinó una imagen con fino aire de sabiduría. No significaba nada para él, pero dijo:

-«¡Chee!»

Y dio a esta observación un aire de profunda significancia. Volvió al cojín donde había estado enroscado.

-«No vemos nada mal en el suelo» - se quejó la voz del transporte - «pero no responden a nuestras llamadas. ¡No recibimos tampoco ninguna otra señal! ¡Hemos bajado hasta dos diámetros y no pudimos captar nada! ¡Y tenemos que dejar en tierra a un pasajero! ¡Insiste en ello!»

De ordinario, las comunicaciones entre lugares distintos sobre la superficie de un planeta utiliza frecuencias que las capas ionizadas de la atmósfera o bien las reflejan o refractan más allá del horizonte. Pero de ordinario hay alguna pequeña filtración hasta el espacio y las frecuencias visuales son abundantes en general. Es una de las molestias que sufre el navío al acercarse al puerto, ya que el espacio próximo a la mayor parte de los planetas está de ordinario lleno de señales locales.

- Inspeccionaré - dijo Calhoun con sequedad -. Estén alerta.

El «Cándida» había llegado a Maya como lo hiciera el Navío Médico y llamó, al igual que Calhoun estuvo haciendo. Era probablemente un navío con horario fijo y el operador de la rejilla del espaciopuerto tendría que estar a la espera. El comercio espacial era importante para cualquier planeta, comparándolo más o menos con el negocio de exportación e importación de una nación industrial en las épocas antiguas de la Tierra. Los planetas habían elaborado sistemas de ayuda al tráfico para los transportes de carga que se movían entre

sistemas solares, al igual que antaño se hiciera entre los continentes de la Tierra. Tales auxilios del tráfico se mantenían con muchísimo cuidado. Con certeza el que la rejilla de aterrizaje de un espaciopuerto no respondiera a las llamadas durante doce horas seguidas parecía siniestro.

-«Hemos estado preguntándonos si debería haber algo radicalmente equivoco allá abajo» - dijo el "Cándida" en tono de queja -. «Por ejemplo, enfermedad.»

La palabra «enfermedad» era el substituto de otro vocablo más alarmante. Pero una plaga casi barrió la población de Dorset, antaño, y los primeros navíos que llegaron después habían descendido con la máxima falta de precaución hasta el suelo y así distribuyeron la epidemia en sus siguientes puertos de visita. Hoy en día, las regulaciones de la cuarentena se veían forzadas al cumplimiento de manera estricta.

- Trataré de descubrir qué ocurre - dijo Calhoun.

-«Tenemos un pasajero que insiste en que le dejemos en tierra mediante lancha espacial si no es nuestro deseo aterrizar. Dice que tiene en el planeta un negocio importante» - repitió con agravio el «Cándida».

Calhoun no contestó. En esta época los derechos de los pasajeros quedaban extravagantemente protegidos. Dejar de entregar a un pasajero en su punto de destino le daba derecho a daños y perjuicios que ninguna línea de transportes podría sufragar. Así que el Navío Médico debió parecer al «Cándida» como enviado del cielo. Calhoun podía relevar a su patrón de tal responsabilidad.

La pantalla telescópica parpadeó y mostró la superficie del planeta a ciento sesenta mil kilómetros de distancia. Calhoun miró la imagen de reojo en la pantalla y guió el telescopio al espaciopuerto de la ciudad... Maya City. Vio carreteras y bloques de edificios. Vio el espaciopuerto y su rejilla de aterrizaje. Claro que no pudo ver movimiento. Aumentó la ampliación. Tomó a aumentarla. Seguía sin advertirse movimiento. Siguió con el aumento de la ampliación hasta que la estructura cristalina del amplificador del telescopio comenzó a aparecer. Pero a la distancia en que se hallaba la nave del planeta, un coche de superficie hubiera representado sólo la cuadragésima parte de un segundo de arco. Había atmósfera también, con desigualdades térmicas. Cualquier cosa del tamaño de un coche de superficie simplemente podría no verse.

Pero la ciudad aparecía con toda claridad. Nada masivo le había sucedido. Ningún desastre físico a gran escala había ocurrido. Simplemente no respondía a las llamadas del espacio.

Calhoun apagó la pantalla.

- Creo - dijo irritado por el micrófono del comunicador - que tendré de hacer un aterrizaje de emergencia. Podría ser algo tan insignificante como un fallo de energía... - pero sabia que aquello era más que improbable -. O podría ser... cualquier cosa. Aterrizaré mediante cohetes y les comunicaré lo que encuentre.

La voz del «Cándida» dijo esperanzada:

-«¿Puede usted autorizarnos a negar el aterrizaje a nuestro pasajero por su propia protección? ¡Está hecho una fiera! ¡Insiste en que su negocio exige aterrizar!»

Una palabra de Calhoun, como miembro del Servicio Médico, protegería al transporte espacial de cualquier demanda por daños y perjuicios. Pero a Calhoun no le gustó el aspecto de las cosas. Comprobó con disgusto que podía previamente encontrar que había ocurrido cualquier cosa allá abajo. Quizás descubriese que tenía que poner en cuarentena al planeta y a sí mismo. En tal caso, precisaría que el «Cándida» difundiera la noticia de la cuarentena a los demás planetas y avisara al sector del Servicio Médico, comunicándolo a los cuarteles generales.

-«Hemos perdido mucho tiempo» - insistió el «Cándida» -. «¿Puede usted autorizarnos...?»

- Todavía no - contestó Calhoun -. Se lo diré cuando aterrice.

-«Pero...»

- Corto de momento - anunció Calhoun -. Estén a la escucha.

Dirigió su pequeña nave hacia abajo v mientras adquiría velocidad repasó las hojas de información referentes a este mundo en particular. Jamás había aterrizado antes aquí. Su ocupación, claro, era procurar la diseminación de la ciencia médica siguiendo el plan previsto por el Servicio Médico. El propio Servicio ni era político ni administrativo, sino importante. Cada mundo ocupado por los humanos debería recibir la visita de un Navío Médico por lo menos una vez cada cuatro años. Cada visita comprobaba el estado de la salud pública. Hombres del Servicio Médico, como Calhoun, ofrecían consejos en los problemas sanitarios comunales. Cuando aparecía algo fuera de lo corriente, el Servicio Médico tenía un grupo de investigadores que no se desconcertaban por nada. Habían grandes naves capaces de transportar el más ultramoderno equipo de laboratorio y personal especializado a cualquier lugar donde fuera necesario. No menos que una docena de mundos habitados en este sector debían la supervivencia de sus poblaciones al Servicio Médico, y el número de aquellos que no podían haber sido colonizados sin ayuda del Servicio Médico eran ya legión.

Calhoun releyó las indicaciones. Maya era uno de los cuatro planetas de esta zona en general cuyos sistemas vitales parecían tener un origen común, sugiriendo que la teoría de Arenio de las esporas viajando por el espacio era cierta en algún sentido limitado. Un gene de plantas superficiales con tronquillos móviles y hojas y tendencias caníbales era la fuerte evidencia que se consideraba del origen común.

Hacía ya dos siglos que colonizaron el planeta y que produjeron componentes orgánicos de gran valor sacados de las plantas nativas. Se utilizaban en manufacturas textiles. No habían infecciones locales endémicas que pudieran afectar a los hombres. Un cierto número de cosechas útiles para la humanidad se cultivaban. Cereales, hierbas y granos, sin embargo, no podían explotarse a causa de las plantas nativas tipo movible. Todo el trigo y alimentación cereal tenía que importarse y ese hecho limitaba severamente a la población de Maya. Habían casi dos millones de personas en el planeta, instaladas en una península en el Mar Yucatán y en una pequeña área continental. Las inspecciones de la salud pública habían mostrado todo esto y algo más. No se mencionaba nada referente a una explicación del fracaso del espaciopuerto en responder a las llamadas de llegada desde el espacio. ¡Naturalmente!

El Navío Médico siguió descendiendo. El planeta giraba debajo suyo. Mientras crecía el hemisferio de Maya bañado por el Sol, Calhoun mantuvo el campo telescópico abierto. Vio ciudades y vastas zonas de tierra libre donde las plantas nativas se cultivaban como materias primas para las manufacturas orgánicas. Vio, sin embargo, poquisimo verde clorofílico. El follaje mayano tendía a un verde aceituna oscuro.

A ochenta kilómetros estaba seguro de que las ciudades estaban vacías, e incluso de tráfico de coches de superficie. No había ninguna espacionave en el suelo dentro de la rejilla de aterrizaje. Tampoco se veían coches en movimiento en las espléndidas autopistas.

A cuarenta kilómetros de altitud seguía sin encontrarse señales en la atmósfera, aunque probó la recepción de modulación de amplitud y captó los ruidos de la estática. Pero no se percibía ninguna señal modulada en el aire a ninguna frecuencia. A treinta y dos kilómetros, nada. A veinticinco era posible captar las emisiones de radio, y el zumbido que percibió indicaba que la rejilla de aterrizaje cargaba como siempre, absorbiendo la energía de las cargas eléctricas de la atmósfera superior para proporcionar potencia para todas las necesidades del planeta.

Desde quince kilómetros hasta el nivel del suelo, Calhoun estuvo ocupado. No es difícil aterrizar un navío con cohetes, teniendo un terreno razonablemente nivelado en que posarse. Pero tomar tierra en un lugar especifico es cosa distinta. Calhoun hizo vibrar el navío hasta descender dentro del recinto de la rejilla. Sus cohetes perforaron agujeros del diámetro de un lápiz en la arcilla y en la piedra de debajo del pavimento asfaltado. Cortó entonces el encendido.

Silencio. Quietud. Los micrófonos exteriores del Navío Médico, captaron ruiditos pequeños del viento soplando sobre la ciudad. No se percibía en absoluto ningún otro sonido.

No. Había un chasquido singularmente deliberado, ni alto ni rápido. Quizás un clic... un doble clic... cada dos segundos. Eso era todo.

Calhoun fue hacia la escotilla con Murgatroyd correteando a su alrededor. Abrió la escotilla de aire. Olió algo. Era un aroma débil, un olor a astringente que tenía la cualidad de la putrefacción. Pero no era un olor que reconociera. De nuevo quietud y silencio. Ningún ruido de tráfico. Ni siquiera el murmullo inaudible que cada ciudad tiene durante las horas. Los edificios parecían igual que debieran parecer al amanecer, excepto que las puertas y ventanas estaban abiertas. Era algo sorprendente.

Una ciudad en ruinas es dramática. Una ciudad abandonada es patética. Esta no era ninguna de las dos cosas. Era algo nuevo. Parecía como si todo el mundo se hubiera alejado, fuera de la vista, en los últimos minutos transcurridos.

Calhoun se encaminó hacia el edificio del espaciopuerto con Murgatroyd correteando turbado a su lado. Murgatroyd se encontraba desconcertado. ¡Aquí tendría de haber gente! Deberían recibir a Calhoun y admirarle a él... a Murgatroyd... que se mostraría un animalito sociable agradeciendo los dulces que pudiera comer y todo el café que cupiese en su dilatable panza. Pero no ocurrió nada. Nada en absoluto.

-«¿Chee? - preguntó ansiosamente -. ¿Cheechee?»

- Se han ido - murmuró Calhoun -. Probablemente se fueron en coches de superficie. No se ve a nadie.

Calhoun pudo mirar a través de los cimientos de la rejilla y ver las calles angostas, soleadas y absolutamente vacías. Llegó al edificio del espaciopuerto. Había, tenía que haber, un espacio verde en torno a la base de la estructura, pero no quedaba allí ninguna planta viva. Las hojas colgaban mustias. Había casi una gelatina de tallos y yemas desmadejados, de color verde aceituna oscuro. Las plantas estaban muertas, pero no hasta el punto de haberse secado del todo. Quizás murieron dos días antes. Posiblemente tres.

Calhoun entró en el edificio. El diario del espaciopuerto yacía abierto en un escrito. Había registrado la llegada de una carga para ser exportada, indudablemente en el «Cándida», ahora en órbita en algún lugar del espacio cercano. No se veía ningún desorden. Era como si los de aquí hubiesen salido a echar un vistazo a algo interesante y no hubieran vuelto aún.

Calhoun recorrió el espaciopuerto y se dirigió por las calles y edificios de la ciudad. ¡Era increíble!

Las puertas estaban abiertas o sin cerrar con llave. Las mercancías de las tiendas aparecían expuestas en los escaparates, como si esperaran compradores, e incluso en algunos mostradores, el género estaba como si recientemente hubiera sido mostrado a posibles clientes. No había rastro de convulsión por ninguna parte. En un restaurante se veían platos y cubiertos sobre las mesas. La comida en los platos estaba rancia, como si tuviese tres días, pero todavía no había comenzado a descomponerse por la putrefacción El aspecto de todo era como si la gente sentada a punto de comer, se hubiese levantado con sencillez ante alguna señal, y salido sin ningún apresuramiento.

Calhoun hizo una mueca de desagrado. Había recordado algo. Entre las narraciones que habían sido traídas desde la Tierra a los otros mundos de la galaxia, había una historia sin

importancia de misterio a la que la gente aún trataba de escribir un final. Era el relato de un antiguo barco de vela llamado el «Marie Celeste», que se encontró navegando sin rumbo en mitad del océano. En la mesa de la cabina del capitán había la comida servida y la cocina estaba aún caliente y por ninguna parte se vela signo de dificultad, o de terror, o de conturbación que hubiera podido causar el abandono del navío. Pero a bordo no había ni un alma. Nadie fue capaz de dar una explicación creíble.

- Sólo que esto es a una escala mayor - dijo Calhoun a Murgatroyd -. La gente de esta ciudad se fue hace tres días y no volvió. Quizás en todo el planeta sus habitantes hicieran lo mismo, puesto que no se encuentran señales de comunicación por ninguna parte. ¡Para efectuar la afirmación del siglo, Murgatroyd, no me gusta esto! ¡NO me gusta ni pizca!

II

De regreso hacia el Navío Médico, Calhoun se detuvo en otro lugar en donde, en un planeta herboso, debió haber habido una zona verde. Los árboles eran tipo terrestre y entre ellos tuvo que haber un césped. Los árboles eran florecientes, pero las plantas que cubrían el suelo se habían desplomado y se pudrían. Calhoun recogió un poquito de semilégamo y lo olió. Tenía un olor débil a rancia y a astringente, el mismo que olió cuando abrió la escotilla de la nave. Arrojó aquella porción al suelo y se sacudió las manos. Algo había matado a las plantas que cubrían el suelo.

Escuchó. En todas partes donde viven humanos hay insectos, pájaros y otras pequeñas criaturas que forman parte esencial del sistema ecológico a que pertenece la raza humana. Tienen que ser transportados y establecidos en todos los nuevos mundos que la humanidad intenta ocupar. Pero aquí no se percibía el menor sonido de tales criaturas vivas. Era probable que el rugiente bramar de los cohetes de emergencia del Navío Médico fueran el único verdadero y que la ciudad escuchara desde que sus habitantes se fueran.

La quietud preocupó a Murgatroyd.

-«¡Chee!» - dijo en tono bajo mientras permanecía cerca de Calhoun.

Calhoun sacudió la cabeza. Luego anunció bruscamente:

-¡Vámonos, Murgatroyd!

Regresó a la rejilla y al edificio que albergaba sus controles. Esta vez no miró el diario del espaciopuerto. Entró en la sala de instrumentos grabadores de la segunda función de la rejilla de aterrizaje. Además de elevar y descender navíos del espacio, una rejilla de aterrizaje extraía poder de los iones de la atmósfera superior y lo radioemitia. Proporcionaba toda la energía que los humanos del mundo podían necesitar. Era energía solar, en cierto modo, absorbida y almacenada por una capa de iones de muchos kilómetros de altura, que luego se podía extraer y distribuir por la rejilla. Durante su descenso, Calhoun había advertido que el poder radioemitido, la energía, era aún asequible. Ahora miró lo que decían los Instrumentos.

La aguja del dial que mostraba la succión de energía se movía lentamente arriba y abajo. Era un movimiento rítmico, yendo del máximo hasta el mínimo de utilización de energía y luego repitiéndolo. Aproximadamente seis millones de kilovatios eran extraídos de la emisión cada dos segundos y durante medio segundo. Luego la extracción se cortaba durante un segundo y medio y volvía a repetirse... durante medio segundo.

Frunciendo el ceño, Calhoun alzó los ojos hasta una estupendisima fotografía en color que había en la pared encima de los diales de energía. Era la foto de la parte de Maya ocupada por los humanos, tomada desde más de seis mil kilómetros en el espacio. Había sido ampliada hasta metro y medio por más de dos, y la ciudad de Maya se veía como un grupo irregular de cuadrados y triángulos midiendo cada uno algo más que centímetro y medio de lado. El detalle era perfecto. Resultaba posible ver las líneas absolutamente rectas e

infinitamente finas saliendo de la ciudad. Eran carreteras, autopistas de múltiples vías de circulación, de una rectitud matemática que iba de una ciudad a otra y luego también siguiendo su rectitud geométrica, aún adoptando un ángulo nuevo, comunicaban con la siguiente urbe. Calhoun las contempló pensativo.

- La gente abandonó la ciudad a toda prisa - dijo a Murgatroyd - y hubo un grupo de confusión, si se produjo algo de esa clase. Así que sabían por anticipado que quizás tendrían que irse y estaban preparados para hacerlo. Si tomaron algo, ya lo tenían preparado en sus coches. Pero no estaban seguros de que tendrían que marcharse puesto que de otro modo no habrían acudido a atender sus asuntos como siempre. Todas las tiendas estaban abiertas y la gente comía en los restaurantes, etc.

-«¡Chee!» - dijo Murgatroyd como si estuviera del todo de acuerdo.

- Ahora - preguntó Calhoun - ¿dónde fueron? La cuestión es realmente, dónde pudieron ir. ¡Habían ochocientas mil personas en esta ciudad! ¡Los coches los tenían para todos, claro, y con doscientos mil vehículos! Pongámoslos a sesenta metros de separación en una autopista y tendremos dieciséis coches en cada kilómetro y por cada vía de circulación... hagámoslos correr a ciento cincuenta kilómetros por hora en una carretera de doce vías de circulación, utilizándolas todas en un sólo sentido, y tendremos veintiocho mil ochocientos coches por hora... Con dos carreteras serán entonces cincuenta y siete mil seiscientos... Con tres carreteras... Bueno, con dos carreteras podrían vaciar la ciudad en unas tres horas y con tres casi en dos... Puesto que no hay rastro de pánico, eso es lo que ha debido ocurrir. Quizás lo tenían ensayado con anticipación, también. Puede que ya lo hubiesen hecho antes...

Escrutó la fotografía que era mucho más detallada que un mapa. Hacia el norte de Maya City habían montañas, pero sólo una carretera conducía hasta ellas. También habían montañas en el Oeste. E igualmente una carretera llegaba a las faldas de los montes, pero no los atravesaba. Por el sur estaba el mar, que se curvaba en torno durante casi quinientos kilómetros de Maya City y conformaba la colonia humana de Maya en una especie de colonia peninsular. Era una fracción pequeña del planeta, pero allí no crecerían los cereales. El planeta podía cultivar plantas nativas para materias primas de química orgánica, pero no todo su propio alimento, por lo que su población estaba limitada.

- Se fueron hacia el este - dijo al poco Calhoun. Siguió las líneas con su dedo -. Tres autopistas van al este. Ese es el único modo en que pudieron marcharse con rapidez. No estaban seguros de que tendrían que irse, pero sabían dónde ir si era preciso. Así que cuando recibieron el aviso, se marcharon. Por tres carreteras, al este. Y les seguiremos y preguntaremos qué diablos les hizo huir. ¡Aquí no hay nada visible!

Volvió al Navío Médico, Murgatroyd sin separarsé de su lado. Mientras la escotilla se cerraba tras ellos, hubo un chasquido procedente de los altavoces del micrófono exterior. Escuchó. Era un chasquido doblado, como si se pusiese en funcionamiento y casi de inmediato se cortara otra vez. En un ciclo de dos segundos... el mismo que aquel drenaje de energía. Algo extraía seis millones de kilovatios e inmediatamente cortaba la extracción cada dos segundos. Producía un sonido en los altavoces conectados con los micrófonos exteriores, pero no originaba ruido en el aire. Los chasquidos del micrófono eran debidos a la inducción; amplificación; como los cruces en los cables telefónicos defectuosos.

Calhoun se encogió de hombros con fuerza. Se acercó al comunicador.

- Llamando a «Cándida»... - comenzó y la respuesta casi le cortó en seco las palabras.

-«"Cándida" al Navío Médico. ¡Adelante! ¡Adelante! ¿Qué pasa ahí abajo?

- La ciudad está abandonada sin ningún rastro de pánico - contestó Calhoun -, y hay energía y no aparece nada destruido. Es todo como si alguien hubiese dicho: «Fuera de la cómoda ciudad». Y lo han hecho. ¡Eso no ocurre en un abrir y cerrar de ojos! ¿Cuál es su siguiente puerto de llegada?

La voz del «Cándida» se lo dijo, esperanzada.

- Tomen un informe - ordenó Calhoun -. Entréguenlo en la oficina de salud pública inmediatamente que aterricen. Allí lo retransmitirán al cuartel general del sector del Servicio Médico. Voy a quedarme aquí y descubrir qué es lo que está pasando.

Dictó, irritándose cada vez más al hacerlo porque no podía explicar lo que informaba. Algo grave había ocurrido, pero no había rastro que indicara la naturaleza de este grave asunto. Hablando estrictamente, ni siquiera parecía un asunto de salud pública. Pero cualquier emergencia de esta categoría entrañaba factores de sanidad general.

- Me quedo en tierra para investigar - terminó Calhoun -. Informaré más cuando me sea posible. Fin del mensaje.

-«¿Qué hay de nuestro pasajero?»

-¡Al diablo con su pasajero! - exclamó Calhoun enfurecido -. ¡Hagan lo que gusten!

Cortó el comunicador y se preparó para la actividad al exterior del navío. Al poco, con Murgatroyd, buscó un medio de transporte. El Navío Médico no puede utilizarse para una operación de búsqueda. No tenía suficiente combustible para los cohetes. Tendría que utilizar un vehículo de superficie.

De nuevo apareció el panorama de que todo el mundo había salido y no había regresado. Calhoun vio los escaparates de las joyerías. A plena vista y sin vigilancia se mostraban tesoros. Vio una floristería. Había allí flores de tipo terrestre en apariencia lozanas y algunas flores raras y muy hermosas con un follaje verde aceitunado con la misma frescura que las terráqueas. Había una jaula en la que creció una planta y esa planta estaba mustia y próxima a la putrefacción. Pero una planta que tenía que cultivarse dentro de una jaula...

Encontró una agencia de coches, quizás para la venta de vehículos importados, quizás para los de fabricación en Maya. Entró. Habían muchos coches en exhibición. Eligió uno, deportivo y lujoso. Dio la vuelta a la llave y el motor zumbó. Lo condujo con cuidado hasta la vacía calle. Murgatroyd se sentó interesado a su lado.

- Esto es un lujo, Murgatroyd - dijo Calhoun -. También es un gran robo. Nosotros los médicos no podemos costearnos tales cosas, ni tampoco con frecuencia tener excusa para robarlas. Pero estamos en una época muy extraña. Correremos el riesgo.

-«¡Chee!» - contestó Murgatroyd.

- Queremos encontrar una población furtiva y preguntarles qué les hizo huir. De momento, parece que lo hicieron sin motivo. Quizás les agrade saber que pueden regresar.

-«¡Chee!» - volvió a repetir Murgatroyd.

Calhoun condujo por las vacías vías de circulación. Todo resultaba sobrecogedor. Le parecía qué en cualquier momento alguien asomaría y le diría:

-¡Oh!

Descubrió una autopista elevada y una rampa de acceso. Marchaba de Oeste a Este. Dirigió el coche hacia levante, alerta a cualquier signo de vida. No había ninguno.

Casi había salido de la ciudad cuando sintió como un impacto el rugido de un 800 vulsónico que parecía provenir de muy lejos. Era el resultado de algo que viajase más de prisa que el sonido, cuyo ruido se alejaba hasta ser difícil de captar por el oído humano.

Alzó la vista. Vio florecer un paracaídas como una manchita blanca contra el azul del cielo. Luego oyó el bramar todavía más bajo de tono de una nave supersónica ascendiendo hacia el cielo. Podría ser una lancha salvavidas de una nave espacial, que había ascendido hasta la atmósfera y volvía a marcharse. Lo era. Había dejado caer un paracaídas y ahora regresaba al espacio a su cita con su nave materna.

- Ese debe ser el pasajero del «Cándida». Sí, se mostró lo bastante insistente... - dijo Calhoun con impaciencia.

Frunció el ceño. La voz del «Cándida» le había dicho que su pasajero exigía que le aterrizasen por motivos comerciales. Y Calhoun tenía prejuicios contra algunas clases de hombres de negocios que pensaban que sus propios asuntos eran más importantes que cualquier otra cosa. Dos años «standard» antes, hizo una inspección sanitaria en Texia II, en otro sector galáctico. Era un planeta llano y había allí una sola y gigantesca empresa de negocios. Verdadera e inimitable habían sembrado hierba terrestre que destruía la vegetación nativa, al contrario de la situación que aparecía aquí, y el planeta entero era un prado monstruoso para el ganado bovino. Salpicado con gigantescos mataderos y ganado en masas de docenas de miles de cabezas que eran trasladados de aquí para allá por campos terrestres de inducción, que actuaban como cercas. Ultimamente el ganado era conducido por las mismas cercas de inducción hasta los mataderos y en la actualidad a los pozos en donde eran degollados los bueyes. Cada fracción imaginable de beneficio se extraía de sus cadáveres, y Calhoun descubrió que el cuerpo de un buey era una fuente increíble de ingresos. No se mostraba sentimental acerca del ganado, pero la frialdad absoluta de toda esta operación le dio asco. La misma sangre fría se advertía en los empleados humanos que dirigían el lugar. Sus viviendas eran marginales. El aire tenía olores de matadero. Los hombres que trabajaban para la Texia Company lo hacían a conciencia o no lo hacían. Si no trabajaban, no comían. Su informe Servicio Médico fue mordiente. Desde entonces sintió prejuicios contra los hombres de negocios.

Descendió el paracaídas suavemente lejos de la ciudad. Aterrizaría bastante cerca de la autopista que Calhoun seguía. Y no se le ocurrió dejar de ayudar al desconocido paracaidista. Vio una figura pequeña pendiente debajo de las sedas y disminuyó la marcha de su vehículo. Calculó dónde aterrizaría aquel hombre.

Se encontraba en la carretera de doce vías y en un desvío lateral, cuando el paracaídas estaría a una altura de treinta metros. Corrió a través del campo cubierto de plantas verde oliva, del campo que se perdía en el horizonte, cuando el paracaidista tocó tierra. Hacia considerable viento. El hombre rebotó. No sabia cómo deshinchar el hongo de seda y el paracaídas le arrastró. Calhoun apretó la marcha, giró y saltó sobre el paracaídas.

El hombre estaba enredado e inerme entre el cordaje. Lo deslió con pericia. Al ver a Calhoun dijo receloso:

-¿Tiene usted un cuchillo?

Calhoun se lo ofreció, abriendo educadamente la hoja. El hombre cortó las cuerdas. Se libertó. En el arnés del paracaídas había un maletín de mano. Cortó las cuerdas que sujetaban el maletín. El objeto no sólo quedó libre, sino que se abrió. Dejó caer una masa increíble de certificados de crédito interestelar nuevos completamente y en apretados fajos. El hombre del paracaídas sacó del sobaco una pistola desintegradora. No era una arma de servicio. Era complicada. Prácticamente parecía un juguete. Con sombría mirada de Calhoun, se la metió en un bolsillo lateral y recogió el dinero desparramado. Era una suma enorme, que guardó antes de incorporarse.

- Me llamo Allison - dijo con voz autoritaria -. Arthur Allison. Le estoy muy agradecido. Ahora lléveme usted a Maya City.

- No - contestó Calhoun educadamente -. Acabo de salir de allí. Está abandonada. No pienso volver. No hay nadie.

- Pero tengo un negocio importante... - el individuo le miró con fijeza -. ¿Está desierta? ¡Pero eso es imposible!

- Del todo - asintió Calhoun - pero es verdad. Está abandonada. Está deshabitada. Todos se fueron. No queda nadie en absoluto.

El hombre que se hacia llamar Allíson parpadeó incrédulo. Masculló un juramento. Luego comenzó a maldecir. Pero no se vio sorprendido por la noticia. Lo que, bien

considerado, era también anonadador. Luego sus ojos se mostraron suspicaces y miró a su alrededor.

- Me llamo Allison - repitió, como si hubiese alguna especie de magia en la palabra -. Arthur Allison. No me importa lo que haya ocurrido, tengo que hacer algunos negocios aquí. ¿Adónde habrá ido la gente? ¡Necesito descubrir...!

- Yo también necesito descubrirlo - dijo Calhoun -. Le llevaré conmigo, si gusta

- Usted ha oído hablar de mí - era una afirmación, hecha con toda seguridad.

- Nunca - contestó Calhoun con educación -. Si no está usted herido, ¿qué le parece si subimos al coche? Estoy tan impaciente como usted para descubrir lo ocurrido. Soy del Servicio Médico.

Allison avanzó hacia el coche.

- Servicio Médico, ¿eh? ¡No tengo un gran concepto del Servicio Médico! ¡Ustedes tratan de meterse en cosas que no les importa!

Calhoun no contestó. Aquel hombre, apretando con fuerza el maletín, cruzó por entre las plantas verde oliva hasta el coche y se instaló en él.

Murgatroyd dijo cordial:

-«¡Chee-chee!» - pero Allison le miró con disgusto.

-¿Qué es esto?

- Es Murgatroyd - contestó Calhoun -. Un «tormal». Forma parte del personal del Servicio Médico.

- No me gustan las bestias - dijo Allison con frialdad.

- Para mí este animal es más importante de lo que puede usted serlo - advirtió Calhoun se lo digo por si acaso llegara el momento de tener que demostrarlo y ponerles a los dos a prueba. Allison le miró con fijeza, como si esperara que el otro se disculpara. Calhoun no lo hizo. Mostraba todas las señales de ser un hombre Importante que esperaba que esta importancia fuese reconocida y acatada. Cuando Calhoun se agitó gruñó un poco. Calhoun ocupó su lugar. El motor zumbó. Se levantó sobre las seis columnas de aire que ocupaban el lugar de las ruedas. Cruzó el campo de plantas verde oliva, dejando que el paracaídas se deshinchase por sí sólo, fuese arrastrado un trecho de terreno y dejara un reguero de plantas aplastadas a su paso.

Volvió otra vez a la autopista. Calhoun subió a la cuneta hasta la calzada y luego de pronto se detuvo. Había advertido algo. Paró el coche y bajó. Donde terminaba el campo arado y antes de que comenzase la superficie alquitranada de la autopista, había un espacio donde en cualquier otro mundo se esperaría ver hierba verde. En este planeta la hierba no crecía. Pero de ordinario se veía alguna especie de vegetación plantada en donde hubiese tierra apropiada, sol y humedad. Aquí hubo tal vegetación, pero ahora sólo era una fila en masa repelente de follaje putrefacto. Calhoun se inclinó. Percibió el hedor débil y astringente de la podredumbre. Estas eran las plantas terrestres de Maya de las que Calhoun había leído tanto. Tenían tallos móviles y hojas de flores. Poseían tendencias caníbales. Estaban muertas. Pero allí estaban las semillas locales que habían hecho imposible que creciese el grano para el uso humano en este mundo.

Calhoun se incorporó y regresó al coche. Plantas como ésta estaban mustias en la base del edificio del espaciopuerto y en otro lugar en donde debieron formar una zona verde. Calhoun había visto un gran ejemplar muerto de esa especie en la floristería. Lo habían cultivado en una jaula antes de que muriera. Aquí había una coincidencia singular. Los humanos huían de algo y ese algo causó la muerte de una raza particular de plantas caníbales.

Exactamente eso no concordaba con nada en particular y ciertamente no resultaba prueba en absoluto. Pero Calhoun condujo con un humor algo turbado. El germen de una hipótesis se formaba en su mente. No podía tratar de engañarse de que era probable, pero seguramente

resultaba menos imposible que la mayoría de las hipótesis que explicasen cómo dos millones de seres humanos abandonaban sus hogares ante un aviso inmediato.

III

Llegaron a la desviación que daba acceso a un pueblo llamado Tenochitlan, a unos sesenta y cinco kilómetros de Maya City. Calhoun se desvió de la autopista para atravesarlo. Quien hubiese elegido el nombre de Maya para este planeta se interesaba por las leyendas del Yucatán, allá en la Tierra. Había muchos ejemplos de tal afición en la lista de puertos de llamada del Navío Médico. Calhoun tocaba tierra regularmente en planetas que tenían el nombre de condados y ciudades en donde los primeros hombres partieron para las estrellas y nostálgicamente bautizaron sus descubrimientos con substantivos llenos de añoranza. Había un Tralee, y Dorset, y un Eire. Los colonos con frecuencia tomaban el nombre dado de su mundo como sistema y elegían los otros nombres relativos para los mares y penínsulas y cadenas montañosas. Calhoun incluso había visitado un mundo llamado Texia, en donde la rejilla de aterrizaje se alzaba cerca de una urbe llamada Corral, y el principal puesto elaborador de carnes tenía el nombre de Rodeo.

Quienquiera que se bautizara Tenochitlan habría sugerido, sin embargo, algo que la propia ciudad lo negaba. Era un pueblecito. Tenía un tipo de arquitectura local agradable. Habían tiendas y algunas fábricas, y muchas viviendas estrictamente particulares, algunas apiñadas juntas y otras en medio de jardines de considerable tamaño. En esos jardines también había mustiedad y podredumbre entre las plantas caníbales. No había hierba, porque tales plantas lo impedían, pero ahora aquellas expresiones vegetales naturales que impedían que crecieran otras hierbas estaban muertas. Excepto una clase de cosas crecientes, sin embargo, el resto de la vegetación parecía lozana.

Pero el pueblecito estaba desierto. Sus calles se encontraron vacías. Sus casas desalquiladas. Algunas viviendas estaban aparentemente cerradas con llave, aquí, sin embargo, Calhoun vio a tres o cuatro tiendas cuyos géneros en venta habían sido tapados con fundas de plástico antes de que los propietarios partieran. Dedujo que en esta ciudad se recibió el aviso más temprano que en la del espaciopuerto, o que sabían que tenían tiempo de ponerse en movimiento antes de que las autopistas estuviesen llenas de coches procedentes del oeste.

Allison miró las casas con ojos agudos y calculadores. No pareció fijarse en la ausencia de gente cuando Calhoun regresó a la gran carretera más allá del pueblecito, Allison contempló los campos sin fin de plantas verde oscuro con la misma especie de interés.

- Interesante - dijo bruscamente cuando Tenochitlan quedó atrás y se redujo a una simple manchita en el horizonte -. Muy interesante. Me interesa la tierra. Los bienes raíces. Ese es mi negocio. Tengo una corporación que posee tierras en Thanet Tres. Poseo pertenencias también en Dorset. Y en todas partes. Se me acaba de ocurrir. ¿Qué vale esta tierra y las ciudades si la gente se marcha lejos?

-¿Y qué vale la gente que es capaz de huir? - preguntó Calhoun.

Allison no le hizo caso. Parecía ensimismado. Pensativo.

- Vine aquí a comprar tierra - dijo -. Tenía concertado adquirir algunos cientos de kilómetros cuadrados. Compraría más si el precio fuera bueno. Pero... tal y como están las cosas, me parece que los precios del terreno deberán bajar bastante. ¡Más que bastante!

- Eso depende de que quede alguien vivo para venderle el terreno y de qué clase de cosas hayan ocurrido - dijo Calhoun.

Allison le miró con viveza.

-¡Ridículo! - dijo con autoridad -. ¡incuestionablemente están vivos!

- Piense que debían estarlo - observó Calhoun -. Por esa razón han huido. Esperaban estar a salvo allá donde fueron. Y ojalá tengan razón.

Allison ignoró el comentario. Sus ojos permanecieron agudos e intensos. No estaba desconcertado por la huida de la gente de Maya. Su mente se afanaba en la contemplación de aquella huida desde el punto de vista del hombre de negocios.

El coche siguió veloz hacia delante. Los campos Infinitos de verde oscuro quedaron atrás. La carretera estaba desierta. Habían tres vías de calzada en superficie, de rectitud matemática, perdiéndose en el horizonte. Siguieron así durante decenas y centenares de kilómetros. Cada vía era lo bastante amplia para permitir el paso de cuatro coches de superficie lado a lado. La autopista pretendía permitir que todos los productos de aquellos campos fuesen llevados a un mercado o a una fábrica elaboradora a mayor velocidad posible y en cualquier cantidad imaginable. Las mismas carreteras habían permitido que los ciudadanos abandonaran la ciudad nada más recibieran el aviso... cualesquiera que éste fuese.

Ochenta kilómetros más allá de Tenochitlan había una franja de cobertizos de dos kilómetros de longitud, contenían maquinaria agrícola para la cosecha y camiones para transportar los productos a su primer destino. No había rastro de vida en torno a la maquinaria. Tampoco había un rastro de vida en una hora de camino hacia el Oeste.

Luego a la izquierda apareció una ciudad invisible. Pero no estaba comunicada por aquella autovía en particular, sino por otra. En sus calles no había señal de movimiento. Se perdía a lo largo del horizonte a la izquierda y atrás. Al poco desapareció.

Media hora más tarde, Murgatroyd dijo:

-«¡Chee!»

Se agitó inquieto. Un momento más tarde volvió a decir:

-«¡Chee!»

Calhoun apartó los ojos de la carretera. Murgatroyd parecía desgraciado. Calhoun pasó la mano por el peludo cuerpo del «tormal». Murgatroyd se oprimió contra él. El coche siguió corriendo. Murgatroyd murmuró un poquito. Los dedos de Calhoun notaron cómo los músculos del animalito se ponían tensos, luego se relajaban y al cabo de un rato volvían a tensarse. Murgatroyd dijo casi histéricamente:

-«¡Chee-chee-chee-chee!»

Calhoun detuvo el coche, pero Murgatroyd no pareció aliviarse. Allison preguntó impaciente:

-¿Qué ocurre?

- Eso es lo que trato de averiguar - contestó Calhoun. Tomó el pulso a Murgatroyd y lo cronometró con su reloj de pulsera. En todos los espasmos musculares de Murgatroyd, coincidieron con las conturbaciones de los latidos del corazón. Se producían aproximadamente a intervalos de dos segundos y la tensión de los músculos duraba precisamente medio segundo.

-¡Presionó el ciento! - exclamó Calhoun.

Murgatroyd volvía a lloriquear y dijo:

-«¡Chee-chee-chee!»

-¿Qué ocurre? - preguntó Allison, con la impaciencia de un hombre muy importante -. ¡Si el animal está enfermo, que lo esté! Tengo que averiguar...

Calhoun abrió su equipo médico y rebuscó en su interior cuidadosamente. Encontró lo que necesitaba. Colocó un comprimido en la boca de Murgatroyd.

-¡Trágatelo! - ordenó.

Murgatroyd se resistió, pero al final se tragó el comprimido. Calhoun le contempló con viveza. El sistema digestivo de Murgatroyd era delicado, pero de confianza. Cualquier cosa

que pudiera ser venenosa, el estómago de Murgatroyd lo rechazaría al instante. Pero aguantó la píldora.

-¡Vive! - exclamó indignado Allison -. ¡Tengo que hacer negocios! ¡En este maletín llevo algunos millones de créditos interestelares, en efectivo, para pagar las compras de tierra y de fábricas! Necesito hacer algunos tratos condenadamente buenos! ¡Me figuro que lo más importante de nada de lo que usted piense es mi trabajo! ¡Resulta todavía más importante que el dolor de barriga de una bestezuela!

Calhoun le miró con frialdad.

-¿Posee usted tierras en Texia? - preguntó. Allison se quedó boquiabierto. En su rostro aparecieron las extremas sospechas y la intranquilidad. Hasta como signo de la inquietud, su mano fue hasta el bolsillo lateral en el que había guardado el arma. No la sacó. Calhoun disparó su izquierda y dio en el blanco. Le quitó a Allison el desintegrador de artesanía y lo arrojó entre las filas monótonas de plantas verde oliva. Volvió a la observación de Murgatroyd.

A los cinco minutos los espasmos musculares disminuyeron. A los diez, Murgatroyd se erizó. Pero pareció pensar que Calhoun había hecho algo notable. Con el más cálido de los tonos, dijo:

-«¡Chee!»

- Muy bien - dijo Calhoun -. Seguiremos adelante. Sospecho que te comportarás también como nosotros... durante un rato.

El coche se alzó unos cuantos centímetros sobre las columnas de aire que le sostenían por encima del suelo. Siguió adelante, todavía hacia el Este. Pero Calhoun condujo ahora con mayor lentitud.

- Algo proporcionaba a Murgatroyd espasmos musculares rítmicos - dijo con frialdad -. Le di una medicación para detenérselos. Es más sensible que nosotros, así que reaccionó a un estímulo que todavía no hemos advertido. Pero creo que no tardaremos en notarlo.

Allison parecía turbado por la afrenta que se le había hecho. Resultaba increíble que alguien le hubiera puesto las manos encima.

-¿Qué diablos tiene que ver eso conmigo? - preguntó furioso -. ¿Y por qué me golpeó? ¡Lo va a pagar caro!

- ¡Hasta que lo pague, usted estará quietecito! - le dijo Calhoun -. Y si es preciso le arrancaré los diablos del cuerpo. Una vez había un chisme del Servicio Médico, un aparatito que traducía la contracción de ciertos músculos elegidos. Era útil para volver a poner en funcionamiento a los corazones detenidos sin necesidad de una operación. Regulaba el pulso del corazón que era demasiado lento o peligrosamente irregular. Pero algún hombre de negocios tuvo la brillante idea y consiguió que un investigador a sueldo enlazara el aparato a las corrientes inductoras del suelo. ¡Supongo que usted conoce a ese hombre de negocios!

- No sé de lo que me habla - saltó Allison. Pero se mostró singularmente tenso.

- Yo sí - afirmó Calhoun con tono desagradable -. Efectué una inspección de salud pública en Texia hace un par de años. Todo el planeta es una gigantesca y única empresa ganadera. No utilizan cercas metálicas. Los rebaños son demasiado grandes para que tales cosas los detenga. No utilizan vaqueros. Cuestan dinero. En Texia utilizan la inducción de campo y el aparato del Servicio Médico unido a él para servir como cercas ganaderas. Actúan igual que estas cercas, a pesar de que son proyectadas a través del suelo. El ganado se vuelve inquieto cuando trata de cruzarlas. Por eso se retira. Por eso los hombres lo controlan. Lo trasladan cambiando las cercas ganaderas que son corrientes inducidas en el suelo, de sitio a sitio. El ganado tiene que seguir moviéndose o se ve castigado por la cerca movible. ¡Incluso los conducen hasta las rampas del matadero mediante campos de inducción solar! Ese es el truco en Texia, donde los campos de inducción conducen al ganado. ¡Creo que es el truco

utilizado en Maya, en donde la gente está conducida como ganado y arrancada de sus ciudades para que el valor de sus campos y fábricas caiga... y que un comprador de terrenos encuentre gangas!

-¡Está usted loco! - saltó Allison -. ¡Acabo de bajar a este planeta! ¡Me vio aterrizar! ¡No sé qué es lo que pasó antes de llegar aquí! ¿Cómo iba a poder saberlo?

- Pues, quizás lo concertó de antemano - anunció Calhoun.

Allison adoptó un aire de superior dignidad ofendida. Calhoun condujo el coche hacia delante a menor velocidad que la marcha de un peatón. Al poco se miró las manos que aferraban el volante. De vez en cuando los tendones de sus dedos parecían retorcerse. A intervalos rítmicos, la piel se encogía en el dorso de sus manos. Miró de reojo a Allison. Las manos de Allison estaban fuertemente crispadas.

- De acuerdo, hay una cerca de inducción del suelo en acción - dijo Calhoun calmoso -. ¿Se da cuenta? Es una cerca ganadera y nos estamos metiendo en ella. Si fuésemos ganado, ahora, daríamos la vuelta y nos alejaríamos.

-¡No sé de lo que me habla! - exclamó Allison.

Pero sus manos permanecieron crispadas. Calhoun disminuyó la marcha todavía más. Comenzó a sentir, por todo su cuerpo, que cada músculo tendía a retorcerse al mismo tiempo. Era una sensación horrible. Sus músculos cordiales trataron de contraerse también, simultáneamente, con el resto, pero el corazón propio tenía su propio ritmo pulsatorio.

A veces el batir normal coincidía con el retorcimiento. Entonces su corazón latía con violencia... tan violentamente que resultaba doloroso.

Pero con igual frecuencia la contracción impuesta de los músculos cordiales venía poco después de una contracción normal y entonces la víscera permanecía como anulada prietamente durante medio segundo.

Fallaba un latido y la sensación era de agonía.

Ningún animal hubiera avanzado arrastrando tales sensaciones. Hacía mucho rato que habrían dado media vuelta.

Calhoun detuvo el coche. Miró a Murgatroyd. Murgatroyd era por completo dueño de sí mismo. Fijó sus ojos inquisitivos en Calhoun. Calhoun le saludó con la cabeza, pero habló, con alguna dificultad, a Allison.

- Veremos... si esta cosa... aumenta... Ya sabe que se trata... del truco... de Texia... Una inducción... de campo... colocada... aquí. Conduce a la gente... como ganado... Ahora... nos hemos metido... en ella... Está... reteniendo... a la gente... como ganado.

Jadeaba. Sus músculos pectorales se controlan con el resto, de manera que su respiración quedaba interferida.

Pero Murgatroyd, que antes se mostrase intranquilo e incómodo hasta el punto de que Calhoun advirtiera que algo iba mal, aparecía ahora tranquilo y fresco. La medicación había sensibilizado sus músculos a los estímulos exteriores. Podía recibir una considerable descarga eléctrica sin que le afectara, siempre y cuando no fuera excesivamente intensa, claro.

Una cólera salvaje se apoderó de Calhoun.

Todo encajaba. Allison se había llevado la mano convenientemente a su desintegrador cuando Calhoun mencionó Texia. Eso significaba que Calhoun sospechaba lo que Allison sabía por cierto.

Una unidad de cerca ganadera había sido instalada en Maya y estaba reteniendo, como a ganado, a la gente que previamente condujo en manada.

Calhoun hasta podía deducir con alguna precisión exactamente lo que se había hecho.

La primera experiencia de Maya con la cerca ganadera habría sido una suavísima versión de ello. Debió contener una pequeña energía y causar sólo incomodidad advertible. Tuvo que

moverse de Oeste a Levante, despacio, y luego de llegar a cierto lugar desvanecerse. Y habría sido un misterio que nadie en Maya lo comprendería.

Al cabo de una semana quedaría casi olvidado. Pero entonces vendría una conturbación más fuerte. Y viajaría como la primera; por toda la extensión peninsular en la que se alzaba la colonia, pero deteniéndose en el mismo punto que antes y luego desvaneciéndose hasta la nada.

Esto también parecería misterioso, aunque nadie sospecharía que era causado por los humanos. Se lanzarían en teorías y preguntas, pero al final se le consideraría como un acontecimiento nada familiar aunque natural.

Posiblemente la tercera utilización de la cerca ganadera sería mucho más molesta. En esta ocasión el dolor sería agudo. Pero cruzaría las ciudades, las atravesaría... y descendería por la península a donde se detuvo y desvaneció en las dos anteriores ocasiones. Y la gente de Maya se encontraría molesta y asustada. Pero considerarían que sabían que comenzaba al oeste de la ciudad y que se movía hacia levante a tal velocidad y que finalizaba tan y tan lejos. Y se organizarían para aplicar esta elaborada información.

Calhoun, claro, sólo podía razonar que esto es lo que debía ocurrir. Pero ninguna otra cosa pudo suceder. Quizás aquí había más de tres utilizaciones de la movible cerca ganadera para conseguir que la gente se preparase para el traslado más allá del lugar conocido en el que siempre la sensación se desvanecía hasta anularse por completo. Quizás tuvieron un intervalo de días, o semanas, o meses. Puede que las manifestaciones hubieran sido más fuertes, seguidas por otras más débiles y nuevamente fuertes otra vez.

Pero que había una cerca ganadera... una cerca ganadera inductiva... cruzando aquí la autopista, eso era cierto. Calhoun se habla metido en ella. Cada dos segundos los músculos de su cuerpo se ponían tensos. A veces su corazón fallaba un latido pero en el momento en que su respiración se detenía, y en otras ocasiones latía violentamente. Le parecía que los síntomas se hacían más y más insoportables.

Sacó su equipo médico, con manos que espasmódicamente resultaban incontrolables. Buscó la misma dedicación que había dado a Murgatroyd y sacó dos comprimidos.

- Con toda razón - dijo fríamente -, debería dejarle soportar esta maldita cosa que usted creara. ¡Pero... tome!

Allison estaba preso del pánico. La idea de una cerca ganadera sugería incomodidad, claro. Pero no indicaba peligro. La experiencia de una cerca ganadera, diseñada para enormes bestias en lugar de hombres, era terrible. Allison se quedó boquiabierto. Efectuó movimientos convulsivos. Calhoun se movió de manera errática. Durante segundo y medio, de cada dos, podía controlar sus músculos. Durante medio segundo cada vez, no podía hacerlo. Pero metió el comprimido en la boca de Allison.

- ¡Tráguéselo! - ordenó -. ¡Trague!

El coche de superficie descansaba tranquilo sobre la carretera, que aquí proseguía durante dos kilómetros y luego se hundía en una suave pendiente para después remontarse una vez más. Los campos totalmente nivelados a derecha e izquierda finalizaban también aquí. Crecían árboles nativos, agitando ostentosamente sus largas frondas. La maleza escondía la mayor parte del suelo. Eso parecía normal. Pero la vegetación más baja que cubría el terreno estaba mustia y pudriéndose.

Allison tragó el comprimido. Calhoun hizo lo propio con el suyo. Murgatroyd miró inquisitivo a un hombre y a otro. Dijo:

-«¿Chee? ¿Chee?»

Calhoun se arrellanó en su asiento, respirando con cuidado para permanecer vivo. Pero nada podía hacer en lo referente al latir de su corazón. El sol lucía brillante, aunque ahora estaba bajo, hacia el horizonte.

Habían nubes en el cielo enrojecido. Soplaba una suave brisa. Todo, en su apariencia, era pacifico, tranquilo y vulgar en este pequeño mundo.

Pero en la zona que los seres humanos habían ocupado, habían ciudades que quedaban todavía inmóviles y silenciosas y abandonadas y, en algún lugar...! La población del planeta aguardaba intranquila la última de una serie de increíblemente terribles fenómenos, aguardando que éstos terminaran. Pero ahora la aflicción extraña y universal había comenzado en algún lugar y se movía despacio hasta otro y luego disminuía y dejaba de ser. Pero esto era el mayor y peor de los tormentos. Y no había terminado. No había disminuido. Al cabo de tres días continuaba con plena potencia en el lugar en donde previamente se había detenido con plena potencia, en el lugar en donde previamente se había detenido y desaparecido.

La gente de Maya estaba asustada. No podían regresar a sus casas. No podían ir a ninguna parte. No estaban preparados para que una emergencia durara varios días. No habían traído comida en previsión.

Comenzaba a parecer como si fueran a morir de hambre.

IV

Calhoun estaba en mala forma cuando el coche deportivo llegó al final de la autopista. Primero, todas las múltiples calzadas de la ruta que le habían traído aquí se unían con triples cintas de superficie iguales desde el Norte. Al cabo de un trecho habían veinticuatro vías de circulación asequibles al tráfico. Manaban juntas y luego se redujeron a doce. Después había evidencia de una enorme concentración de tráfico ocurrida desde no mucho tiempo. Maleza y árboles pequeños estaban aplastados y destrozados allá donde los coches se vieran obligados a salirse de la superficie fatales de las carreteras para cruzar por la maleza. Las doce vías se reducían a seis y la zona sin pavimentar a ambos lados mostraba que innumerables coches se vieron obligados a salirse del pavimento. Luego quedaban tres vais y después dos, y por último una sola cinta de pavimento en donde no más que dos coches podían marchar lado a lado.

La devastación era asombrosa. Toda visible vegetación en un kilómetro a derecha e izquierda estaba aplastada y destruida. Llegó a un estrecho camino que dejaba de ser completamente recto. Se cortaba en torno a un otero, y aquí el suelo ya no era perfectamente llano y llegaba a un final.

Y Calhoun vio todos los coches de superficie del planeta reunidos y aparcados juntos.

No habían edificios. No habían calles. No había nada de civilización excepto centenares de millares de coches. Resultaba un espectáculo extraordinario, detenidos al azar, sus partes delanteras apuntando en todas las direcciones, los tubos columna de aire metidos en el suelo de manera que muchas dificultades ofrecería volverlos a libertar.

Aparcados, parachoques contra parachoques, y en líneas densas, en teoría podrían estacionarse veinticinco mil coches en una zona de dos kilómetros cuadrados. Pero aquí habían muchos más coches que esa cantidad y algunos lugares eran convenientes para el aparcamiento, y los callejones estaban situados al azar y no se había hecho ningún esfuerzo especial para colocar el máximo número de coches con el espacio más reducido. Así que todo el transporte de superficie del planeta Maya se extendía en una zona de ciento veinticuatro kilómetros cuadrados. Aquí, los coches estaban apretados los unos contra los otros. Allá, había mucho espacio entre ellos.

Calhoun llegó al final de la carretera de superficie y esperó a que los comprimidos que había tomado y dado a Allison hicieran efecto lo mismo que ocurrió con Murgatroyd, cosa

que estaba a punto de suceder. Siguió conduciendo, pero la fuerza del campo de inducción había aumentado hasta lo intolerable. Cuando detuvo el coche deportivo, mostraba los efectos de lo que había tenido que soportar.

Figuras moviéndose cayeron sobre él instantáneamente e hicieron ansiosas preguntas.

-¿Ha cesado? ¿Logró pasar? ¿Podemos volver?

Calhoun sacudió la cabeza. Acababa de ponerse el sol y en el firmamento por Occidente se veían brillantes colores, pero que, sin embargo, no pudieron animar el rostro de Calhoun. Tenía las mejillas grisáceas, sus ojos hundidos, y parecía como si estuviera en las últimas etapas de la exhaustación.

Dijo pesadamente:

- Siguen todavía ahí. Atravesamos. Soy del Servicio Médico. ¿Tienen aquí algún gobierno? Necesito hablar con alguien capaz de dar órdenes.

Si lo hubiese preguntado dos días antes no habría tenido respuesta, porque los fugitivos estaban sólo aguardando a que el desastre finalizase. Con veinticuatro horas de antelación, habría encontrado hombres con autoridad tratando afanosamente de arreglar los suministros de agua potable para unos dos millones de personas, con carencia absoluta de pozos, bombas, o modos de conseguir esta agua. Y si la pregunta la hubiera hecho un día después, es bastante probable que no hubiera encontrado otra cosa que un salvaje desorden.

Pero llegó al anochecer, dentro de las setenta y dos horas después del éxodo de las ciudades.

No se puede hablar de comida y el agua era escasa, y los fugitivos comenzaban a sospechar que nunca podrían abandonar este lugar y que quizás murieran aquí.

Unos cuantos hombres dejaron la creciente multitud en torno al coche deportivo para buscar a individuos capaces de dar órdenes. Calhoun permaneció en el coche, descansando de la tensión insoportable que había soportado. La cerca ganadera dé inductor de campo tenía unos dieciséis kilómetros de profundidad. En el primer kilómetro y medio no se sintió mal. Sólo Murgatroyd lo percibió. Después de cuatro kilómetros Calhoun y Allíson sufrieron. Pero la medicación les dio fuerzas para soportarlo. Sin embargo, tuvieron que recorrer largo, muy largo trecho hasta el centro del campo de inducción, terreno en el que la asistencia era un puro tormento. Los músculos de Colhoun le desafiaban en cada ciclo de dos segundos y su corazón y pulmones parecían constantemente a punto de ceder incluso en la pretensión de trabajar. En esta parte del campo de la cerca ganadera, apenas se atrevía a conducir más aprisa que al paso de una persona que marchara despacio, con el fin de observar el control del coche ya que su propio cuerpo era incontrolable. Pero al poco la fuerza del campo disminuyó y por último finalizó totalmente.

Ahora Murgatroyd miraba con cordialidad las figuras que se apiñaban en torno al coche. Apenas había sufrido. Se tomó la dosis de medicina correspondiente a la mitad que tomara Calhoun ya que su peso corporal era la décima parte del de Calhoun. Logró desenvolverse bien. Ahora miraba con expectación a lo que parecía una atestada masa de hombres en torno al vehículo que había cruzado la invisible barrera por la autopista.

Aguardaban desesperanzados, noticias que les dieran esperanza. Pero Murgatroyd aguardaba inquieto a que alguien le diera la bienvenida y le ofreciese pastelillos, golosinas y quizás una taza de café. Sin embargo, nadie lo hizo.

Había pasado mucho tiempo antes de que se agitara el borde de la multitud. Entonces la noche había caído de lleno y durante kilómetros y kilómetros en todas las direcciones las luces de los faros de los coches de los habitantes de Maya relucían brillantemente. Extraían energía de la radioemitida, naturalmente, tanto para sus motores como para su alumbrado. En alguna parte, gritaban a los hombres. Calhoun hizo girar los faros en busca de guía. Más

gritos. Algunos hombres forcejeaban por abrirse paso a través de la multitud. Con dificultad, al poco, llegaron hasta el vehículo.

- Dicen que ha atravesado usted - jadeó un individuo alto -, pero que no puede volver. Dicen...

Calhoun se reanimó. Allison, a su lado, se agitó. El hombre alto volvió a jadear:

- Soy el presidente planetario. ¿Qué podemos hacer?

- Primero, escuchad - dijo Calhoun cansado.

Había reposado un poco. No mucho, sino algo. El trabajo actual que hiciera al conducir durante quinientos y pico de kilómetros desde Maya City era trivial. Pero los continuos espasmos últimamente violentos de su corazón y músculos respiratorios habían sido agotadores.

Oyó cómo Murgatroyd decía congraciador:

-«Chee-chee-chee» - y puso su mano sobre el animalito para tranquilizarle.

- La cosa de la que huyeron - dijo Calhoun con un esfuerzo -, es un tipo de campo de inducción del suelo que utiliza el poder energético emitido desde la rejilla. Se usa en Texia para confinar el ganado en sus pastos y hacerle peligrar cuando es preciso. Pero estaba diseñado para el ganado. Es una cerca ganadera. Podría matar a los humanos.

Prosiguió, su voz recobrando fuerza y serenidad mientras hablaba. Explicó, con precisión, cómo se proyectaba un campo de inducción terrestre en una línea en ángulo recto de su fuente de creación. Podía cambiarse por ajustes en los aparatos que lo proyectaban. Había sido diseñado para producir los efectos que experimentaron en el ganado, pero ahora lo empleaban con los hombres.

- Pero... pero si emplea el poder radioemitido dijo apremiante el presidente planetario -, entonces, si se corta esa energía radiada se detendrá. Si usted ha logrado atravesar hasta aquí, díganos cómo logró pasar para volver y cortaremos nosotros mismos la energía radiante. ¡Es preciso que hagamos algo inmediatamente! ¡Todo el planeta se encuentra aquí! ¡No hay comida! ¡No hay agua! ¡Algo ha de hacerse antes de que comencemos a morir!

-¡Pero, si ustedes cortan energía morirán de todos modos! - exclamó Calhoun -. Tienen aquí a un par de millones de personas. Se encuentran a centenares de kilómetros de los lugares en donde existe la comida. Sin energía no podrá entrar el alimento hasta aquí y llevarles a ellos a sus lugares respectivos. Corten la energía y quedaran todavía atascados en este lugar. Sin energía morirán tan pronto como con ella.

Hubo un murmullo de los hombres que escuchaban alrededor. En parte era un gruñido, en parte un gemido.

Acabo de descubrir esto - dijo Calhoun -. Hasta los últimos quince kilómetros no sabía exactamente cuál era la situación y tuve que llegar hasta aquí para asegurarme. Ahora necesito que unas cuantas personas me ayuden. No será agradable. Quizás tenga medicinas suficientes para conseguir que una docena de personas regresen. Será mucho más seguro si me llevo sólo seis. Consigan a un médico que me elija seis hombres. Con buen corazón, me refiero a que gocen de buena salud. Pulmones perfectos. Dos han de ser ingenieros electrónicos. Los otros buenos tiradores. Si me los preparan, les daré el mismo medicamento que nos permitió pasar. Es una droga insensibilizadora, pero resulta en cierto modo afectivo. Traten de encontrar algunas armas para esos hombres.

Todas las voces murmuraron alrededor. Los individuos explicaban a otros hombres lo que Calhoun acababa de decir. El amenazador desastre ante el que todos huyeron, no era una catástrofe natural, sino... Artificial! ¡Hecha por los hombres! ¡Habían sido conducidos aquí y sus esposas e hijos tenían hambre por causa de lo que algunos hombres habían hecho!

Un murmullo llegó de la multitud que rodeaba el coche deportivo. De momento, nadie preguntó cuál podía ser el motivo para que los hombres acabasen como lo habían hecho. Una furia pura llenaba la turba. Calhoun se acercó más a Allison.

- Yo de usted no bajaría del coche - dijo en voz baja -. Y con seguridad no intentaría comprar ninguna verdadera propiedad a precio bajo.

Allison se estremeció.

Hubo vasta, vastísima agitación mientras la explicación pasaba de hombre a hombre. Figuras se alejaron en la oscuridad. Las iluminadas ventanillas de los coches parpadearon mientras la gente pasaba entre ellas en plena oscuridad. La población de Maya se extendía en una superficie de muchísimos kilómetros cuadrados en lo que había sido tierra salvaje, no existiendo ningún sistema laborable de comunicación por el que las noticias pudieran extenderse con rapidez. Pero mucho antes del alba todos sabían por qué habían huido, que la causa era un peligro artificial y que habían sido conducidos hasta aquí como ganado, tras una cerca ganadera, aparentemente para que murieran.

A Allison le castañetearon los dientes. Era un hombre de negocios y hasta ahora pensó como tal. Había tomado decisiones en despachos, con abogados, secretarios y empleados, para que estas decisiones resultaran prácticas y seguras, pero sin que nadie pagase las consecuencias más que aquellas que fueran de índole financiero. Pero vio ahora aquí posibles consecuencias para sí mismo. Había tomado tierra en Maya porque consideraba el asunto demasiado importante para confiárselo a otra persona. Durante un rato creía que acabaría como único propietario de la colonia Maya, con todas las plantas creciendo para su beneficio, y cada fábrica produciéndole dinero, y cada habitante convertido en su empleado. Así había sido el sueño más grandioso posible. Los detalles y maniobras precisaban completarse manando en su mente.

Pero ahora le castañeteaban los dientes. Con diez palabritas pronunciadas por Calhoun podía ser literalmente hecho pedazos por los furiosos hombres que le rodeaban. Su maletín con millones de créditos en efectivo... Sería la prueba de lo que Calhoun dijera. Allison conoció el terror hasta el fondo de su alma. Pero no se atrevía a moverse del lado de Calhoun. Una sola frase y la más tranquila de las voces le destrozaría. Y jamás en su vida anterior se había enfrentado a un verdadero peligro físico, comprensible.

Al poco vinieron unos cuantos hombres, uno a uno, recibió órdenes de Calhoun. Eran fuertes y de rostro sombrío.

Dos tenían como profesión la de ingeniero electrónico, como Calhoun especificara. Otro era policía. Habían dos mecánicos y un médico que fue campeón aficionado de tenis del planeta.

Calhoun les suministró los comprimidos que reducían la sensibilidad de los músculos a los estímulos externos aplicados. Les dio instrucciones. Se adentrarían en la cerca ganadera todo cuanto pudieran soportar. Luego se tomarían los comprimidos y les dejarían actuar. Después proseguirían. La cantidad de comprimidos es limitada. Sólo puedo dar tres a cada hombre.

Murgatroyd se agitó desencantado mientras seguía la conferencia. Evidentemente, aquí no tenía ninguno de los éxitos acostumbrados. Se sentía enojado. Necesitaba más espacio. Calhoun colocó el maletín de Allison detrás del asiento trasero. Este estaba demasiado aterrorizado para protestar.

Cuatro vibrantes coches de superficie se levantaron unos quince centímetros del suelo y marcharon sobre sus columnas de aire a presión. Calhoun tomó la delantera. Sus faros recorrieron la única calzada hasta donde se dividía en dos vías de circulación. Detrás de él, otros formaron línea. El coche de Calhoun se alejó en la oscuridad y los demás le siguieron.

Estrellas brillaban en el firmamento. Un macizo de un millar de soles, a dos mil años de luz de distancia, proporcionaban una iluminación que daba a la noche de Maya la cualidad de una luz lunar lívida y difusa. Los coches prosiguieron. Al poco Calhoun notó los leves retorcimientos de los espasmos musculares. Estaba entrando en el campo que fue creado con el propósito de inquietar a la manada de ganado o de humanos, pero que tuvo por primera aplicación los pastizales del planeta Texia y que ahora aquí recibía su segundo uso.

La carretera se dividió en dos, luego en cuatro, después en ocho. Luego cuatro vías doblaban hacia un costado y las otras cuatro no tardaron también en doblarse, para más tarde ensancharse otra vez hasta llegar a la zona de doce vías de circulación que trajo a Calhoun aquí desde Maya City.

Allison no había dicho ni palabra desde que Calhoun conferenciara con la gente de Maya más allá de la autopista. Los dientes le castañeteaban cuando empezaron a regresar. No trató de hablar durante el principio del viaje a través de la cerca ganadera. Volvían a castañetearle los dientes y cesó el castañeteo, para repetirse después hasta que por último cayó desesperado:

-¿Va usted a dejar que esa masa me mate?

Calhoun se detuvo. Los coches que le seguían se detuvieron también. Dio a Allison dos comprimidos y él se tomó otros dos. Con Murgatroyd insistentemente acompañándole, continuó con los coches formando fila a sus espaldas. Se aseguro de que los seis hombres que había pedido se tomaran la medicina y de que ésta les produjera el efecto adecuado. Luego volvió a abrir la marcha. Allison murmuró algo cuando, con Murgatroyd interpuesto en el asiento, el vehículo se puso en movimiento.

- Yo pensé que quizás usted trataría de escapar, precisamente ahora - dijo Calhoun en tono indiferente -. Me habría resuelto el problema.

Claro que a usted no le sería ninguna solución. De todas maneras, no creo que sus problemas tengan solución ahora.

El coche siguió adelante. Los otros vehículos les siguieron con puntualidad. Marcharon a través de la noche estrellada. Calhoun notó que el efecto de la cerca ganadera era menor que antes. Las primeras píldoras insensibilizadoras no habían perdido todavía su efecto cuando tomó más. Pero siguió manteniendo la velocidad reducida hasta que se aseguró de que los demás conductores habían soportado la angustia de pasar a través de aquel campo de fuerza de la cerca ganadera.

Al poco tuvo conciencia de que habían cruzado y lanzó el coche a una velocidad de ciento treinta kilómetros por hora. Los demás vehículos le siguieron con fidelidad. Llegó hasta ciento ochenta. No se quedaron atrás. El coche zumbaba a través de la noche a toda velocidad, marcando doscientos cincuenta kilómetros por hora. Los faros de los otros vehículos no se quedaban rezagados.

Allison dijo desesperado:

-¡Cuidado! ¡No... no comprendo lo que ha pasado! Habla usted como si yo lo hubiese planeado. Yo... recibí un aviso de que... se preparaba un proyecto de investigación aquí. ¡Pero eso no detendría a la gente durante días! ¡Algo fue mal! Yo creí que los habitantes desearían abandonar Maya. Sólo planeaba comprar tanto terreno como pudiera, controlar la mayor cantidad posible de fábricas. ¡Eso es todo! ¡Era un negocio! ¡Sólo un negocio!

Calhoun no respondió. Allison podía estar diciendo la verdad. Algunos hombres de negocios lo considerarían inteligente por asustar a la gente y hacerles vender sus pertenencias por debajo de su verdadero valor. Algo de eso había ocurrido y ocurría cada día en el mercado de la bolsa. Pero la gente de Maya pudo haber muerto.

En lo que a eso respectaba, aún era posible que muriesen. No podían regresar a sus casas y procurarse comida mientras la energía radiada mantuviera en existencia la cerca ganadera. Pero tampoco podían regresar a sus lugares y alimentos si la energía radiada era cortada.

Por toda la superficie nocturna del mundo de Maya había sólo luz en una autopista y, en una zona de esta autopista, y una multitud de luces más pequeñas y diminutas en donde los habitantes de Maya aguardaban descubrir si continuarían viviendo o morirían.

V

Calhoun meditó fríamente. Habían sobrepasado lo que fuera el pueblecito más lejano de la múltiple autopista. Atravesarían ahora los campos de plantas nativas de Maya iluminados por las estrellas, pasando por muchos lugares, donde los camiones cargaban las plantas, subían hasta la calzada y se encaminaban a las fábricas que las utilizaban industrialmente. Los campos corrían por centenares de kilómetros a lo largo de la extensión de la autopista. Se perdía más allá del horizonte, quizás también en centenares de kilómetros en aquella dirección. Adquiría millares de millares de kilómetros cuadrados dedicados al cultivo de la vegetación verde oscuro que suministraba las materias primas para las exportaciones espaciales de Maya.

A pocos centenares de kilómetros, la pequeña ciudad de Tenochitlan yacía apiñada a la luz del lejano macizo estelar. Más allá, la autopista y Maya City. Más allá...

Calhoun razonó que el proyector que hacía funcionar la cerca ganadera de inducción estaría más allá de Maya City, y en algún lugar de las montañas que la fotografía aérea del espaciopuerto mostrara. Una gran autopista se dirigía a las montañas, terminando dentro de una distancia limitada. Un campo proyector inductor del suelo, siempre formaba ángulo recto con el proyector que era su fuente. Se podía ajustar - el proceso era análogo al enfocar - para que cobrase ser actual a cualquier distancia deseada y la distancia podría cambiarse.

Para conducir a la gente de Maya City hacia el Este, el proyector de una cerca ganadera, sobre el que nada se sabían por lo que tendría que ser de todo extraño y completamente misterioso, este proyector necesitaría estar al Oeste de la población que iba a tener que emigrar. Lógicamente, estaría en las montañas. Prácticamente, quedaría oculto.

Extrayendo su energía de la radiada para trabajar, no necesitaría ninguna planta energética considerable para proporcionarle los seis millones de kilovatios que necesitaba. Sería muy fácil esconderlo más allá de cualquier posible descubrimiento. Rastrearlo quizás requiriese días o semanas de búsqueda. Pero la gente que estaba al final de la autopista no podía aguardar. No tenían comida y los agujeros excavados en el suelo en busca de agua por los hombres con sus propias manos desnudas, simplemente eran inadecuados. La cerca ganadera tenía que cortarse inmediatamente. La emisión de energía radiada debía continuar.

Calhoun efectuó un brusco ruido parecido al gruñir de una bestia enfurecida. Pensar en palabras de lo que era necesario hacer resultaba prácticamente un esquema de la tarea que tenía por delante. Sencillo! ¡Necesitaría, claro, dos ingenieros electrónicos! Pero el truquito...

Condujo a doscientos kilómetros por hora con los labios apretados. Los otros tres coches venían detrás. Murgatroyd contempló el camino que había por delante. Kilómetro tras kilómetro, minuto tras minuto, los faros arrojaron un par de rayos cegadores ante los vehículos. Murgatroyd se aburrió.

-«¡Chee!»- dijo con tono descontento y trató de enroscarse entre Allison y Calhoun. No había sitio. Se instaló en el asiento posterior. Estuvo moviéndose unos momentos. Hubieron murmullos. Se instaló. Al poco, silencio. Indudablemente habían puesto su peluda cola en torno a su morro y se había dormido.

Allison habló de pronto. Había tenido tiempo de pensar, pero no tenía práctica en las diversas modalidades del pensamiento.

-¿Cuánto dinero tiene usted? - preguntó.

- No mucho - contestó Calhoun -. ¿Por qué?

- No hice... nada ilegal - anunció Allison, con un aire de confianza poco convincente -, pero podría sufrir algunas molestias si me acusara ante los demás de lo que ya me acusó personalmente. Usted parece pensar que yo planeé todo este acto criminal. Que la acción que yo sabia del... proyecto de investigación del que me hablaron... que se convirtió... que se escapó de la mano, es probable. Pero estoy limpio enteramente de toda culpa. No hice nada sin tener consejo de mi personal técnico. Legalmente soy inviolable. Mis abogados...

- Eso no me importa - le interrumpió Calhoun -. Soy médico. Aterricé aquí en medio de lo que parecía ser un grave problema de salud pública. Fui a ver lo que había ocurrido y lo he descubierto. Todavía me falta la respuesta... bueno, no toda la respuesta. Pero la población humana de Maya se encuentra en estado de alguna privación, por no decir en peligro. Espero acabar con ello. Pero nada tengo que ver con la culpa de cualquiera o con su inocencia de crimen o intento criminal, o de algo por el estilo.

Allison tragó saliva. Luego dijo con suave confianza:

- Pero usted podría causar inconvenientes. Le agradecería si quisiera... quisiera...

-¿Tapar lo que usted ha hecho? - preguntó Calhoun.

- No. Yo no hice nada malo. Pero usted podría simplemente emplear la discreción. Descendí en paracaídas para completar algunos tratos comerciales que tenía preparados desde hace meses. Seguiré con ellos. Me marcharé en el próximo navío. Eso queda perfectamente claro. Puramente comercial. Pero usted podría hacer... presentar... una imagen pública desagradable mía. Sin embargo, yo no he hecho nada que ningún otro hombre de negocios hubiera dejado de hacer. Sucedió que conocía lo del proyecto de investigación...

- Me imagino que usted envió a unos cuantos hombres aquí con un aparato proyector de cercas ganaderas, sacado de Texia para asustar a la gente de Maya - dijo Calhoun sin acalorarse

Ellos no sabían lo que iba a ocurrir. Se han asustado. Querrán marcharse. Así usted podrá comprar prácticamente toda la colonia por el equivalente de una miseria. Eso no lo puedo demostrar - admitió -, pero sí que es mi opinión. Sin embargo, usted desea que no lo divulgue. ¿De acuerdo?

-¡Exactamente! - contestó Allison. Se había sentido impresionado hasta la médula, pero logró que el tono y el aire digno de un hombre de negocios, discutiera este asunto desagradable con estupendo candor -. Le aseguro de que se equivoca. Accederá en que no puede demostrar sus sospechas. Sino puede probarlas, no debería exponerlas. Eso es cosa de simple ética. ¡Estará de acuerdo con eso!

Calhoun le miró con curiosidad.

-¿Espera a que le diga mi precio?

- Espero que usted acceda a no causarme embarazo - contestó Allison con tono reprobatorio -. Yo no me mostraría desagradecido. Después de todo, poseo muchas influencias. Podrían ser gran cantidad de cosas en su beneficio. Me alegraría.

-¿Está usted tratando de decir el precio que yo aceptaré? - preguntó Calhoun, con el mismo aire de curiosidad.

Parecía mucho más curioso que indignado y mucho más divertido que curioso. Allison sudaba copiosamente. Calhoun no parecía ser sobornable. Pero Allison estaba desesperado.

- Si quiere expresarlo así... sí - dijo con aspereza -. Puede usted nombrar su propia cifra. ¡Serviría de verdad!

- Yo no hablaré ni palabra acerca de usted - dijo Calhoun -. No será preciso. Los tipos que operan en su cerca ganadera hablarán todo lo que sea necesario. Todas las cosas encajan bien... excepto una. Han estado cayendo en su lugar todo el rato mientras regresábamos por esta carretera.

-¡Ya le dije que puede usted fijar su propia cifra! - La voz de Allison era aguda -. ¡De verdad! ¡Cualquier cifra! ¡Cualquiera!

Calhoun se encogió de hombros.

-¿Y qué haría yo con el dinero, un hombre del Servicio Médico? ¡Olvídelo!

Siguió conduciendo. El desvío de la autopista a Tenochitlan apareció Calhoun lo pasó de largo. La otra conexión con la carretera que cruzaba la ciudad también apareció. La dejó atrás.

Los dientes de Allison volvieron a castañetear.

Surgieron ya los edificios de Maya City, unos veinte minutos después, Calhoun disminuyó la marcha y los otros coches se acercaron. Por la ventanilla dijo:

- Tenemos que llegar primero a la rejilla de aterrizaje. ¡Que alguien me muestre el camino!

Un coche se adelantó y subió con el resto por una rampa descendiente en la ahora elevada calzada y a través de calles profundamente a oscuras, algunas de las cuales eran estrechas y serpenteantes, para salir bruscamente en donde se alzaba hasta el cielo la rejilla de aterrizaje. Al pie de sus impresionantes vigas parecía enorme bajo la luz de las estrellas, y sus zonas más altas parecían como encaje de plata silueteado contra el firmamento.

Entraron en el edificio de control. Murgatroyd corriendo junto a Calhoun con un pedazo de papel pegado a su cola. Se lo sacudió y un certificado de cinco mil créditos interestelares cayó al suelo. Murgatroyd se había buscado un sitio blando para dormir dentro del contenido del maletín de Allison. Seguramente era el cojín más caro, si bien posiblemente no el más cómodo, que jamás tuviera para dormir un «tormal». Allison permanecía sentado como si estuviera atontado. Ni siquiera recogió el certificado.

- Necesito a los dos ingenieros electrónicos - dijo Calhoun. Después se volvió excusativo a los demás -: Pensé algo mientras veníamos aquí. Creo que quizás, al amanecer, podemos emprender alguna acción drástica. Pero ahora aun lo dudo. Sin embargo, sugiero que ustedes apaguen los faros de los coches y se instalen prestos para disparar si alguien aparece. No sé si vendrá o no.

Abrió la marcha hasta el interior. Encendiendo las luces, se dirigió hacia el lugar en donde aparecieron los diales marcando la cantidad de energía que se utilizaba actualmente de toda la potencia asequible. Estos diales mostraban ahora una extracción energética en extremo pequeña, considerando que las ciudades de un planeta dependían de la rejilla. Pero es que las ciudades estaban ahora oscuras y vacías de gente. La aguja de la demanda oscilaba arriba y abajo rítmicamente. Cada dos segundos la demanda de energías subía hasta seis millones de kilovatios, aproximadamente. Esta demanda duraba medio segundo, y se detenía. Durante un segundo y medio la energía en uso quedaba reducida en la cantidad de seis millones de kilovatios. En este periodo sólo las bombas automáticas y los ventiladores y el equipo refrigerador consumían energía radiante. Luego la demanda de seis millones de kilovatios se repetía por medio segundo.

- La cerca ganadera - dijo Calhoun - trabaja medio segundo. No es continuante, pues en tal caso paralizaría a los animales o la gente que se metieran en ella. Siendo intermitente lo

expulsa de ella. Habrá herramientas aquí y recambios, para el caso de que se necesite alguna reparación. Deseo que me fabriquen algo nuevo.

Los dos nuevos técnicos en electrónica formularon preguntas.

- Necesitamos un interruptor que corte la energía radiante durante el medio segundo en que se supone que esté en funcionamiento el campo de inducción del suelo - dijo Calhoun -. Luego deberá conectar la potencia emitida durante segundo y medio en que se supone que la cerca ganadera está cortada. Eso detendrá el efecto de dicha cerca y creo que un coche de superficie podrá funcionar con la energía asequible durante tres segundos y medio de cuatro.

Los técnicos le miraron parpadeando. Luego sonrieron y se pusieron a trabajar. Calhoun continuó. Encontró una caja con el almuerzo del personal en una mesa. Contenía tres bocadillos bastante duros y rancios. Los ofreció. En apariencia nadie quería comer mientras sus familias, al final de la autopista, seguían pasando hambre.

Los técnicos electrónicos llamaron a los dos mecánicos para que les ayudasen a la construcción. Explicaron absortos a Calhoun que estaban haciendo un interruptor que se ajustaría a cualquier súbita demanda de seis millones de kilovatios, no importaba qué intervalo de tiempo entrañase. Un cambio en el ritmo del ciclo de la cerca ganadera no le afectaría en absoluto.

-¡Estupendo! - exclamó Calhoun -. ¡Yo no había pensado en eso!

Dio un bocado al emparedado y salió al exterior. Allison estaba sentado, con aire de desesperación, dentro del coche.

- La cerca ganadera está siendo cortada - dijo Calhoun sin aire de triunfo -. Los habitantes de la ciudad probablemente comenzarán a llegar aquí al amanecer.

-¡No... no hice nada legalmente equívoco! - exclamó Allison, con la garganta seca -. ¡Nada! Tendrán que demostrar que conocía que las... consecuencias del planeta de investigación serían beneficiosas. ¡Eso no se puede demostrar! ¡Es imposible! Así que no he hecho nada legalmente equívoco...

Calhoun tomó a entrar, observando que el doctor que era campeón de tenis y el policía que venia en su ayuda, vigilaban con perspicacia la ciudad y los cimientos de la rejilla y todos los otros lugares desde los que podía venir alguna dificultad.

Habla una estupenda atmósfera de triunfo en la sala de control de energía. La energía, en si, no pasaba a través de estos instrumentos. Pero los reguladores controlaban los grandes conductores enterrados que suministraban al mundo la energía. Y uno de los reguladores había sido modificado. Cuando el proyector de cerca ganadera cerrase su circuito, la energía quedaría cortada. Cuando el inductor de campo se apagara, su energía fluiría de nuevo. Ya no había una barrera que cruzara las autopistas que conducían hacia levante. Era más que probable que los coches pudieran correr bajo la corriente suministrada durante segundo y medio de cada dos. Quizás marcharían de manera entrecortada, pero funcionarían.

Media hora más tarde, la cantidad de poder extraído de la emisión comenzó a subir suave y gradualmente. Eso sólo podía significar que los coches comenzaban a moverse.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Calhoun oyó ruido al exterior. Salió. Los dos hombres de guardia se habían adentrado en la ciudad. Algo se movía allí. Era un vehículo, marchando despacio y sin luces. Calhoun dijo imperturbable:

- Quienquiera que esté gobernando la cerca ganadera ha descubierto que su aparato no funcionaba. Sus luces también parpadeaban. Han venido a ver qué pasaba en la rejilla de aterrizaje. Pero se han fijado en las luces de las ventanas. ¿Tienen preparados sus desintegradores?

Pero el coche sin luces dio media vuelta y se alejó aceleradamente. Calhoun se encogió de hombros.

- No tienen escape - dijo -. Ocuparemos su aparato en cuanto haya luz. Será demasiado grande para destruirlo y habrán huellas que identifiquen a los hombres que lo manipulaban. Y no son nativos. Cuando la policía empiece a buscar entre los extranjeros que viven aquí en donde el proyector de la cerca ganadera estaba instalado... Podrán meterse en las junglas, pero no hay nada para comer allí... o quizás acaben entregándose.

Avanzó hacia la puerta del edificio de control una vez más. Allison dijo con desesperación:

- Habrán escondido su equipo. ¡Usted nunca lo encontrará!

Calhoun sacudió la cabeza bajo la luz de las estrellas.

- Cualquier aparato que hubiera puedo localizarlo en cuestión de minutos. Incluso desde el suelo uno puede dirigirse derecho hacia él. Mire, ocurrió algo que ellos no contaron. Por eso se lo dejaron sintonizado a plena potencia. Las primeras pruebas incitadoras de la cerca ganadera eran a reducida potencia. Molesto, para empezar, e incómodo la segunda vez y quizás doloroso la tercera. Pero en la última ocasión se las dio plena potencia.

Se encogió de hombros. No tenía ganas de hacer un largo parlamento. Pero era evidente. Algo había matado a las plantas de cierto tipo en las que las especies pequeñas eran hierbajos que quedaban destruidas y destruían a su vez a la vegetación de otro terrestre. Las plantas de superficie del suelo, y ahí habían algunas grandes, porque el propio Calhoun había visto una de éstas mustia en la floristería y encerrada dentro de una jaula, las plantas de tal especie tenían tallos móviles y hojas y yemas. Eran caníbales. Podía mover sus tallos para alcanzar y sus hojas para abrazar y sus flores para devorar a otras plantas. Quizás hasta animalitos pequeños. Sin embargo, era que tenían en cierto modo un poder limitado de movimiento. Las plantas sensibles tipo terrestre y las plantas que capturaban insectos poseían tejidos musculares primitivos. Las plantas que cubrían el suelo local, igual los tenían. Y la cerca ganadera hizo que estos tejidos se contrajeran espasmódicamente. Con potencia. Con violencia. Con repetición. Hasta que murieron de cansancio.

El campo a toda potencia de la cerca ganadera exterminó las plantas de superficie mayanas todo el camino hasta el final de la autopista que se dirigía adelante. Y de manera inevitable, aunque quizás muy conveniente, también hasta el lugar exacto en donde el campo de la cerca ganadera comenzó a ser proyectado. Había una zona en forma de flecha, libre de plantas de superficie en donde la cerca ganadera se proyectaba. La punta de esta flecha, señalaría precisamente el proyector de la cerca ganadera.

- Sus amigos probablemente se entregarán y pedirán merced - dijo Calhoun -. No pueden hacer ninguna otra cosa más.

Hizo una pausa para añadir:

- Incluso quizás la obtengan. Mire, hay un efecto colateral interesante en la cerca ganadera. Matan las plantas que han impedido que la hierba de tipo terrestre creciera aquí. Ahora podrán cultivar trigo, donde quieran, y en la cantidad que plazca a la gente. Convertirá a este planeta en un mundo próspero, puesto que no tendrá que importar todo su alimento.

*** * ***

Los coches de superficie de los habitantes de Maya City comenzaron a llegar al amanecer. Una hora después de que saliera el sol, personas que buscaban con afán encontraron el proyector de inducción al suelo y por tanto los campos de la cerca ganadera. Los apagaron. Era un equipo muy voluminoso y había sido colocado de manera subterránea. Pudo ser difícil de encontrar. Pero no lo fue.

A mediodía aún había algo de cólera en los rostros de la gente de Maya, pero según pareció escasos nuevos daños y la vida recobró otra vez su curso normal. Murgatroyd apreció el hecho de que las cosas regresaran a la normalidad. Para él era normal que le recibieran con

cariño y le mimasen cuando el Navío Médico «Esclipus Veinte» tocaba tierra. Era normal para él moverse inquieto entre una sociedad admiradora de seres humanos y beber café con sumo gusto y verse atiborrado con dulces y golosinas hasta la plena capacidad de su dilatable panza.

Y mientras Murgatroyd se movía entre la sociedad humana, disfrutando enormemente, Calhoun continuó con su trabajo. Que, claro, era dar conferencias a las autoridades sanitarias del planeta, recibiendo con educación los informes que ellos consideraban importantes y contándoles con tacto los detalles de los perfeccionamientos más modernos de la ciencia médica tal y como los conocía el Servicio Médico Interestelar.

FIN